

La globalización neoliberal: Transformaciones y efectos de un discurso hegemónicoⁱ

Hernán Fairⁱⁱ

Todo lo sólido se desvanece en el aire
Marshall Berman

Un agradecimiento especial a la Dra. María de los Ángeles Yannuzzi

Resumen

En los últimos 30 años asistimos a un drástico proceso de cambio en las políticas de gobierno. Este proceso, ligado a la hegemonización mundial del neoliberalismo, ha generado profundas transformaciones en los diversos campos. Este artículo indaga en esas transformaciones. Para ello, examina las características principales que definen a este paradigma, dando cuenta de la apropiación que han hecho sus principales teóricos del concepto de globalización. En segundo término, analiza los efectos que sus políticas han provocado en la política, la economía y la sociedad. Se sostiene que el éxito de la "globalización neoliberal" reside en que ha logrado despolitizar en gran medida a la sociedad. En este sentido, se coloca el eje en los efectos de despolitización del modelo, en particular durante la década del noventa, momento de auge del sistema. En el tramo final, se pregunta acerca de las alternativas surgidas en las nuevas democracias latinoamericanas al modelo de globalización neoliberal.

Palabras clave: Globalización neoliberal, Hegemonía, Efectos de despolitización

Abstract

In the past 30 years we attend to a dramatic process of change in government policies. This process, linked to the world hegemony of neo-liberalism, has generated profound transformations in various fields. This article investigates these transformations. To this end, examines the main characteristics that define this paradigm, giving account of the appropriation that has made their main theorists of the concept of globalization. Secondly, analyses the impact that their policies have resulted in politics, economy and society. It argues that the success of the "neoliberal globalization" lies in that has achieved depoliticize largely to society. In this sense, place the axis in the depoliticization effects from the model, in particular during the 1990s, time of boom of the system. In the final leg, wondered about the alternatives that arises from model of neoliberal globalization in the new Latin American democracies.

Key words: Neoliberal globalization, Hegemony, Depoliticization effects

1. Introducción

Desde la década del '60 del siglo pasado asistimos a un proceso que se ha denominado corrientemente como globalización o mundialización. Este proceso, consolidado a partir de la caída del Muro de Berlín y de la ex Unión Soviética, ha provocado múltiples transformaciones en los diversos campos. El objetivo de este trabajo consiste en indagar en esas transformaciones. Para ello, creemos que resulta indispensable analizar este fenómeno

en su íntima relación con la implantación del modelo neoliberal. En este sentido, examinaremos en primer lugar las características principales que definen a este paradigma surgido en la posguerra, dando cuenta de la apropiación que han hecho sus principales teóricos del concepto de globalización. En segundo término, investigaremos los efectos que sus políticas han provocado en los campos de la política, la economía y la sociedad. Dos hipótesis guían el trabajo. La primera, que la llamada globalización neoliberal generó una creciente asimetría de poder entre los Estados y profundas transformaciones en la estructura económica y social. La segunda, que esas transformaciones produjeron cambios que afectaron a la propia visión acerca de la política. Sin embargo, centrándonos en esta última cuestión, sostenemos que el efecto de despolitización social debe buscarse, más allá de las reformas estructurales, en el éxito de su discurso hegemónico. En particular, destacaremos la importancia que tuvo su discurso mecanicista, su énfasis en la inevitabilidad y la ausencia de alternativas y su concepción mítica de la globalización como una “aldea global”. Para ello, seleccionaremos algunas declaraciones de políticos y técnicos que hayan defendido sus postulados. En el tramo final del trabajo, indagaremos acerca de las alternativas surgidas en las nuevas democracias latinoamericanas al modelo de globalización neoliberal intentando esbozar una respuesta a las siguientes cuestiones: ¿en qué medida puede hablarse de un cambio de paradigma?, ¿son los nuevos liderazgos una alternativa real al neoliberalismo, o sólo la continuidad disfrazada?

2. Las transformaciones de la modernidad en la nueva era global

A partir de la década del '60 del siglo pasado la modernidadⁱⁱⁱ ingresó en una nueva etapa caracterizada por múltiples transformaciones. Comenzando por el campo político, se asiste a una disminución de las soberanías estatales, socavadas por el poder creciente que adquieren los organismos transnacionales, principalmente el FMI y el Banco Mundial, y las empresas multinacionales. Asimismo, se acrecienta la asimetría de poder entre los Estados y, desde el colapso del comunismo, se asiste a un orden mundial unipolar hegemónico política, cultural, económica y militarmente por una única superpotencia imperial. En el campo económico, asistimos al fin del fordismo o keynesianismo y el surgimiento y expansión del neoliberalismo. Este cambio de paradigma significó el fin de una economía industrializada, ligada a la producción y el consumo masivo, y el desplazamiento hacia una economía postindustrial, ligada a los servicios y a la información. Este proceso se verifica en el desplazamiento desde un capitalismo estadocéntrico, o “capitalismo organizado”, donde el Estado era el principal actor, a un capitalismo “mercado-céntrico”, en el cual el mercado pasa a ocupar esa función (Cavarozzi, 1997).

En esta nueva etapa se radicalizan, además, las “discontinuidades” que caracterizan a la modernidad^{iv} (Giddens, 1993). Por un lado, el “ámbito de cambio” se amplía hasta generar una interdependencia comercial y financiera entre los Estados cada vez mayor. Los capitales dejan de estar inmovilizados en las fábricas y en los mercados locales de trabajo, como ocurría

anteriormente, y fluyen de un lado al otro del planeta de manera constante y veloz. El resultado de ello es un incremento de la separación espacio-temporal, potenciado por la importancia creciente que adquieren las diferentes formas en las que se representa el dinero (cheques, etc.). Por el otro, el “ritmo de cambio” se ve fuertemente incrementado como consecuencia de la revolución en el transporte y las telecomunicaciones, lo que se expresa en la extensión mundial de la televisión, el video, la digitación, el grabador y, en particular, Internet (Giddens, 2000).

Finalmente, en el campo social, se asiste a una creciente desestructuración de los vínculos sociales y a una creciente apatía y pérdida de identificación a nivel mundial con los partidos, los sindicatos y la actividad política en general, lo que se relaciona con la plena vigencia que adquiere el individualismo de carácter hedonista (García Delgado, 1994).

Estas transformaciones, iniciadas a partir de la década del '60, comenzarán a desarrollarse a partir de los '70, con la crisis del petróleo^v, y durante la década del '80, adquiriendo una proyección mundial definitiva desde comienzos de los años '90, con el colosal desarrollo de las corporaciones transnacionales, la expansión del capital financiero y especulativo y el colapso del comunismo (Minsburg, 1999: 20). El resultado de ello será la presencia de un fenómeno conocido comúnmente como globalización o mundialización. Este fenómeno, sin embargo, no habría podido ser posible sin la fusión que el mismo estableció con el neoliberalismo. A continuación analizaremos el modo como se construyó esa ligazón y las características que asumió durante la década del noventa, fase crítica de expansión mundial del neoliberalismo.

3. La globalización neoliberal

El neoliberalismo es un modelo económico surgido en la posguerra como una reacción teórica y política contra el Estado de Bienestar (Anderson, 1997). Creado por Friedrich Hayek y Milton Friedman, comenzó a implementarse en 1973, durante el régimen dictatorial del General chileno Augusto Pinochet y en 1976, durante la dictadura militar argentina^{vi}. Unos años más tarde, fue instaurado por Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos. Luego de propagarse por el resto de Europa y toda Latinoamérica desde finales de la década del '80, a comienzos de la década siguiente se expandió a los ex países comunistas, adquiriendo una hegemonía a nivel mundial.

Para entender esta hegemonización debemos tener en cuenta que, a comienzos de la década del '80, los gobiernos neoconservadores de Reagan y Thatcher llevaron a cabo una “reorganización ideológica” que resultaría clave. En efecto, si anteriormente estos sectores habían apoyado a gobiernos dictatoriales para evitar el “peligro rojo”, su punto de partida actual consistía en conciliar los principios neoliberales con los valores democráticos. Según la nueva concepción, no podría haber democracia sin capitalismo, ya que los dos eran considerados intrínsecamente inseparables^{vii}. La valorización de los principios democráticos fue

acompañada, al mismo tiempo, por una “firme voluntad internacionalista” que impulsó la expansión mundial del proyecto de capitalismo democrático en clave neoliberal (Ezcurra, 1998). El resultado fue el esparcimiento del modelo en los países de Latinoamérica y en los ex países comunistas del este hacia finales de la década del '80 y comienzos de los '90.

En segundo término, la expansión mundial de la globalización neoliberal fue posible debido a que la crisis de la deuda, iniciada a comienzos de los '80, obligó a los países latinoamericanos a pedir préstamos a los organismos internacionales de crédito^{viii}. Los técnicos que formaban parte de esos organismos, principalmente del FMI, comenzaron a exigir la implementación de férreas políticas de estabilización macroeconómica, en especial en materia de presiones inflacionarias y de las cuentas fiscales y externas, y la realización de reformas de mercado. Estos ajustes y reformas estructurales, fuertemente alentados, como dijimos, por los sectores neoconservadores, apuntaban a una profunda reorganización del Estado y la sociedad orientada a través de políticas de privatización de empresas estatales, desregulación de los mercados internos, apertura radical de las economías al capital transnacional y contracción del gasto público social (Ezcurra, 1998).

A partir de allí, los teóricos del neoliberalismo comenzaron a referirse a la existencia de un proceso inevitable que sería denominado corrientemente como globalización. Este fenómeno, que en realidad tiene antecedentes que se remontan a los orígenes del capitalismo^{ix}, exigía el cumplimiento de determinadas “reglas” para formar parte del mismo. De esa tarea se ocuparon los técnicos de los organismos multilaterales y las grandes potencias mundiales, quienes afirmaban que, si los países menos desarrollados aplicaban sus “recetas”, esto es, si privatizaban las empresas estatales, desregulaban totalmente los mercados, reducían el gasto público, equilibraban las cuentas fiscales y flexibilizaban el empleo, lograrían la llegada masiva de inversiones. Esto permitiría a sus países “insertarse en el mundo”, acceder al crecimiento de sus economías y, mediante un efecto “derrame” basado en la “mano invisible” del mercado, generar un “desarrollo sustentable” que se distribuiría a todos los habitantes del planeta.

Esta imposición de “recetas”, también conocidas como “Consenso de Washington”, fue acompañada, además, por un discurso que aseguraba que la única respuesta posible ante la globalización era la sumisión pasiva como si se estuviera en presencia de un fenómeno inevitable como son las catástrofes naturales. Si se respetaba a las “fuerzas del mercado”, esta visión fundamentalista prometía que el crecimiento de la economía mundial sería más rápido y estable, y que los frutos del desarrollo se distribuirían entre todos los habitantes del planeta (Bauman, 2003). Como veremos a continuación, esta visión produjo importantes consecuencias políticas, económicas y sociales.

4. Las consecuencias estructurales de la globalización neoliberal

La aplicación del neoliberalismo a escala global generó importantes transformaciones en los campos político, económico y social. Para entender esta cuestión debemos tener en cuenta, en primer lugar, el pronunciado cambio experimentado en el mapa sociopolítico y económico que se llevó a cabo a partir de la década del '70 y principios de los '80. Esta descomunal redefinición de poder, causada por la liberalización económica y la flexibilización laboral, se tradujo en posiciones de poder alcanzadas por tres actores, los cuales hicieron valer no sólo sus intereses, sino también sus cosmovisiones generales. Esos actores fueron los líderes políticos pro-reformas, los grupos empresariales vinculados a este tipo de políticas, y los organismos multilaterales de crédito (Repetto, 1999: 150). A estos sectores debemos agregar el inmenso poder político y económico, y la influencia que esto significaba, de los gobiernos neoconservadores de Reagan y Thatcher, los más importantes países que defendían e intentaban expandir el modelo neoliberal.

Estos sectores, representados por un pequeño número de grandes empresas (las corporaciones transnacionales) y grandes países (el Grupo de los Ocho), se vieron enriquecidos en desmedro de una pauperización creciente de la mayoría de los países y la inmensa mayoría de las personas. En efecto, al tiempo que se beneficiaba a los sectores de mayor poder político y económico, el nuevo orden global debilitaba fuertemente a los sectores ligados a las industrias nacionales y a los sindicatos, principalmente a los obreros y, particularmente, a los obreros de los países subdesarrollados. En estos países, el incentivo a la privatización de las empresas públicas, la flexibilización laboral y la apertura irrestricta al capital transnacional de los productos fabricados en el Primer Mundo, generó un fuerte proceso de desindustrialización, acompañado por una reducción numérica, fragmentación y heterogeneidad de la clase obrera^x (Svampa, 2005). Mientras que en el campo económico esto se tradujo en un incremento descomunal del desempleo, la precarización laboral, la desigualdad y la pobreza^{xi} (Sader, 2003), en el campo social se tradujo en una pérdida de identificación entre un "nosotros" y un "ellos" (Lash, 1997a). Al mismo tiempo, esta pérdida de "solidaridad orgánica" ocasionó un declive del poder político de los sectores populares, principalmente en el ámbito sindical. Si bien surgieron otras identidades más localizadas que fomentaron un mayor pluralismo en los sectores izquierdistas hacia minorías raciales, étnicas, de género y sexuales, la implantación de las políticas neoliberales produjo un declive que terminaría por despolitizarlos. Esta despolitización, sin embargo, no sólo afectará a los sectores obreros, sino que incluirá también a gran parte de la sociedad, expresándose en un notorio declive a nivel planetario en el apoyo a los partidos, sindicatos y a la actividad política en general^{xii} (Roberts, 2002). Para entender esta cuestión, más allá de los cambios estructurales producidos por el neoliberalismo, debemos tener en cuenta también una serie de elementos que analizaremos a continuación.

5. Los efectos de despolitización del modelo

5.1. El hedonismo consumista

Durante la década del '90, momento de auge de la globalización neoliberal a escala mundial, a pesar de la magnitud de las reformas emprendidas, no surgirán discursos alternativos y consistentes al orden hegemónico. Para entender este éxito del discurso neoliberal debemos tener en cuenta, en primer lugar, el incentivo a la competitividad y al "sálvese quien pueda" exigido por el mercado y el auge del consumo de bienes materiales. En efecto, los teóricos del neoliberalismo han incentivado en la última década un creciente "darwinismo social". Este darwinismo, con su énfasis en la importancia del respeto a la individualidad frente al "Estado total" benefactor, ha terminado por promover la apatía hacia la política y el refugio en el "privatismo" (García Delgado, 1994). Sin embargo, esta "era del vacío", como la ha llamado Lipovetsky, no hubiera sido posible si no hubiera sido acompañado por un discurso que hace hincapié en la necesidad perentoria de consumir mercancías. Estas "letosas" (Lacan, 2006) se caracterizan por crear su propia demanda. Así, son vistas como una necesidad existencial que antepone como condición el "tener" al "ser". Estas "necesidades", creadas mediante la llamada "Sociedad de Consumo" para satisfacer las ganancias capitalistas, y disfrazadas de acceso a la "modernización" por el discurso dominante, han sido cruciales para entender la apatía reinante en nuestro país (y no sólo en el nuestro) durante los años '90. En efecto, principalmente a partir del Plan de Convertibilidad, nuestro país "logró" acceder, en un grado inédito, al consumo masivo de bienes producidos en el mercado. Así, la sobrevaluación cambiaría generará un auge de los créditos baratos y en cuotas para el consumo de automóviles, viviendas y electrodomésticos, la posibilidad de viajar al exterior para hacer turismo y la incorporación a bajos precios de tecnología importada (Fair, 2007). Este consumismo hedonista será utilizado por el entonces presidente Carlos Menem para legitimar su Gobierno. Así, dirá: "Volvió el crédito a la República Argentina. Yo siempre pongo como ejemplo el caso de que antes un trabajador necesitaba ocho sueldos, es decir, ocho meses de sueldo para comprar un televisor. Ahora lo puede comprar con un sólo sueldo y en cuotas de hasta 18 meses. En 1989 las fábricas de automóviles no superaban las 90.000 unidades por año; actualmente, estamos superando las 300.000 por año" (Discurso del 25/10/93, pp. 48-49). Del mismo modo, su Ministro de Economía, Domingo Cavallo, declaraba en una entrevista que "La gente ha podido comprar muchos más automóviles que los que compraba antes, muchísimas más familias han podido comprar un televisor extra, han podido viajar a distintos lugares de la Argentina o al exterior" (*Clarín*, 15/01/95, p. 3). Estos beneficios materiales o "habitus" (Bourdieu, 1991) le permitirán a Menem afirmar con júbilo que el nuevo orden implicaba para la Argentina la "inserción" en el "mundo moderno". En sus palabras: "Estamos abriendo y destrabando la economía, mediante una decisión política que también constituye un camino de integración y de inserción internacional (...). (Esto implica) acelerar nuestro proyecto de incorporación a los cambios mundiales" (Discurso del 07/06/91, pp. 166-167). En esas

circunstancias de consumo hedónico desenfrenado y “modernización”, no resulta difícil entender el efecto de legitimación “pasiva” de la sociedad hacia las políticas neoliberales.

5.2. La ideología “mecanicista”

Para entender la apatía e inacción social durante la década “infame” de los ‘90, debemos tener en cuenta, en segundo lugar, la importancia que tuvo la vigencia de una visión que podemos llamar “mecanicista” de la globalización. Esta visión entendía a la globalización como un fenómeno “natural” como es la lluvia, y creía, en ese sentido, que si nos atrevíamos a actuar, esto es, a modificar sus postulados, sobrevendría el “caos” (Coraggio, 1999; Aronskind, 2001). Vimos anteriormente que una de las características de la economía actual consiste en que los capitales circulan constantemente. Al hacerlo, pueden desestabilizar lo que podían parecer economías sólidas, como ocurrió en Asia (1997), y otras no tan sólidas, como las crisis en México (1994) y Brasil (1999). El sentimiento de constante riesgo se debe a que, desde la década del ‘90, asistimos a una economía basada en la especulación. Estos capitales son sumamente volátiles y veloces para desplazarse de un mercado a otro, con el consiguiente trastorno que ocasionan en las economías de los diferentes países afectados (Minsburg, 1999). El punto es que esta característica del orden mundial les sirvió a los teóricos de la globalización neoliberal como pretexto para afirmar que los Estados nacionales tenían que cumplir las “reglas” que imponía la globalización, es decir, tenían que implementar las políticas de ajuste y reforma estructural “recomendadas” por los organismos de crédito, ya que, si no lo hacían, se produciría una huída masiva de los capitales invertidos en el país que generaría un “caos” en la economía, con consecuencias catastróficas (Pucciarelli, 2002: 105).

En este sentido, se aducía que toda acción que se propusiera imponer un orden diferente al existente, sólo entorpecía el accionar, fluido y sabio, de la “mano invisible” y debía ser considerado una tarea peligrosa, condenada a arruinar y desarticular mucho más que a reparar o mejorar. Como ejemplo de esta lógica, podemos citar las declaraciones del presidente del Banco Mundial, quien señalaba que los ajustes “son inevitables, aunque sean dolorosos. Los países que han rehusado el ajuste sólo han logrado caer en situaciones aún peores”. En igual sentido, el titular del BID afirmaba que “no hay otra alternativa que hacer las cosas bien” (*Clarín*, 07/04/95, p. 21). Inscripto en esta misma lógica de la inevitabilidad, el presidente Menem afirmaba que “Nuestros países, individualmente, no pueden modificar ni un ápice de la realidad política económica-mundial, aunque esta nos afecta profundamente” (Discurso del 05/07/90). De esta manera, se reforzaba la idea de que nada podía hacerse para cambiar el estado de cosas y que, si se intentase cambiarlas, las consecuencias serían catastróficas. Como señala Bauman (2003), esta “ideología imposibilista”^{xiii}, con su disyuntiva “esto o el caos” resultaba muy efectiva, ya que las personas que se sienten inseguras sobre lo que puede deparar el futuro, no son verdaderamente libres para enfrentar los riesgos que exige una acción colectiva^{xiv}.

Así, durante la década del noventa se transformó en una realidad evidente de sentido común la creencia de que los individuos y los Estados eran impotentes frente a un poder que tomaba las decisiones fuera del ámbito de su control. Se decía, por entonces, que los Estados eran incapaces de regular la velocidad de movimiento de los capitales y de evitar las trágicas consecuencias que generaba el orden global. La consecuencia de esta visión será un incremento de la apatía y el desinterés hacia todo aquello que sea político, “naturalizando” la inexorabilidad y ausencia de alternativas al fenómeno.

5.3. “No hay alternativas”

En tercer lugar, resulta importante tener en cuenta la importancia ejercida por el “pensamiento único” que consideraba que “no hay alternativas” al modelo neoliberal. Debemos recordar que en 1989 sería derrumbado el Muro de Berlín y, dos años más tarde, se produciría la disolución definitiva del sistema socialista en la ex Unión Soviética (*Página 12*, 22/12/91). De este modo, la alternativa que durante tantos años había competido con el capitalismo mostraba su fracaso. En ese contexto, durante la década del '90 se decía que este no era sólo el mejor de los mundos posibles sino que era el único que hay. De ahí, la famosa frase de Francis Fukuyama de que habíamos llegado al “fin de la historia”. Esto significaba que, como se habían agotado las interpretaciones alternativas a la “democracia liberal”, se habría terminado con la lucha política-ideológica. En palabras de Fukuyama: “En la última generación, tanto los regímenes de izquierda como los de derecha han fracasado. Este derrumbe empezó en Europa con España, Portugal y Grecia. Luego, durante los años ochenta, se acabaron los regímenes militares de derecha latinoamericanos y, al final de la década, tuvimos la caída del comunismo. Todo esto parece indicar que hay un principio de legitimidad mundialmente reconocido en este momento, que es la democracia liberal” (Entrevista a Francis Fukuyama, en *Diario Página 12*, Suplemento “Primer Plano”, 08/09/91, pp. 2-3).

En sintonía con este “Pensamiento Único”, el Secretario del Tesoro de Estados Unidos expresaba que, frente al fracaso del Estado intervencionista, “no hay alternativa viable” a las reformas de mercado (*Clarín*, 28/09/93, p. 20). De un modo similar, pero refiriéndose ahora al caso argentino, el presidente Menem resaltará en varias oportunidades el “fracaso” del marxismo. En sus palabras, este sistema era “una pieza de museo” y ya “no tiene cabida en el mundo actual” (*Página 12*, 11/09/91, p. 4), ya que se trata de “doctrinas e ideologías ya superadas”^{xv} (Discurso del 16/07/92, p. 66). En ese contexto de fracaso tanto del comunismo como del Estado Benefactor, el discurso menemista planteaba una disyuntiva: por un lado, estaba la “modernización”, el “crecimiento” y el “progreso” contruidos a partir del mito neoliberal de la bondad reguladora del mercado. Por el otro, el rechazo de esta opción y el regreso nuevamente al “atraso”, la “decadencia”, la “involución” y la “frustración” de épocas anteriores (Fair, 2007). Así, por ejemplo, afirmará que “Hay una Argentina vieja, la del atraso, la de la involución, que se va, y una Argentina nueva, la del progreso, la del crecimiento, con una

nueva mentalidad que está naciendo (...) Es preferible trabajar constantemente por lo nuevo, que viene a desplazar definitivamente a lo viejo que se tiene que ir también definitivamente” (Discurso de 25/04/91, p. 90). Y también: “Quiero fundamentalmente que quede en claro esto: este cambio obedece a este proceso que está transformando en sus estructuras, desde sus cimientos, una Argentina vieja que se va y una Argentina nueva que está evidentemente naciendo y proyectándose al mundo como ya todos conocen” (Discurso del 16/01/91, p. 21).

Al ser representadas de esta manera las opciones, reafirmando la contraposición entre lo “viejo”, que había fracasado, y lo “nuevo”, la inserción al mundo moderno, se generaba un mecanismo psicológico que cerraba toda posibilidad de construir un proyecto alternativo al existente (Yannuzzi, 1995: 170). En efecto, como dirá en una oportunidad, “La Argentina se está insertando en el escenario mundial en base a políticas maduras. Consistentes. Sin pases mágicos. Sin excusas, que siempre buscan un problema para cada solución. Sabemos que el camino es duro. Pero sabemos que no hay otra alternativa” (Discurso del 14/10/91, p. 31). En esas circunstancias, no quedaba más opción que la resignación frente a la “realidad de los hechos”.

5.4. El mito de la “aldea global”

Finalmente, y relacionado con el punto anterior, debemos recordar la importancia, muchas veces desdeñada en la bibliografía, que tuvo la visión neoliberal del orden global, que era entendido, desde sus principales teóricos, como una “aldea global” en donde no existirían relaciones de poder ni antagonismos sociales entre los Estados (Borón, 1999). La caída del Muro de Berlín, con el consiguiente triunfo de la globalización y la “democracia liberal”, reforzaba, a su vez, esta creencia mítica de que se había llegado a una nueva etapa signada por el fin de las divisiones ideológicas y los antagonismos. En ese contexto, se asistía, según se decía, a una “sociedad planetaria”, a un mundo “cada vez más pequeño”, basado en la interdependencia, el progreso conjunto y la solidaridad universal. Así, por ejemplo, Menem decía que “En un tiempo en que caen los muros que separaban a los pueblos, no podemos más que celebrar estas nuevas tendencias que auguran un mundo más preocupado en construir que en destruir. Celebramos este mundo más inclinado a la cooperación que a la confrontación” (Discurso del 26/03/91, p. 52). Desde la visión de Menem, ahora Argentina se insertaba en un mundo global basado en la “integración”, el “progreso conjunto”, la “cooperación” y la “interdependencia”, en contraste con los “viejos nacionalismos” y las “fronteras divisorias” del pasado: “Vivimos, en nuestra región, una etapa de cambios profundos que progresa al compás de las grandes transformaciones que se están registrando en el mundo. En un mundo cada vez más interdependiente, más pequeño, que avanza inevitablemente hacia una sociedad planetaria. En ese mundo distinto, habrá cada vez menos espacio para los viejos nacionalismos, cada día más anacrónicos en su concepción estática de la historia” (Discurso del 11/10/89, pp. 110-111). En efecto, “Los grandes países han

comprendido que el nuevo orden internacional en gestación, tanto en lo político, como en lo económico, tecnológico y comercial, ya no puede funcionar basado en categorías perimidas. Dichas categorías, en definitiva, constituyen otra expresión más de un enfoque autoritario e impositivo. Observamos con satisfacción que la consulta y la cooperación, la búsqueda constante de áreas comunes de intereses en el ámbito internacional, se va convirtiendo gradualmente en el criterio rector. Esa es la vértebra en torno a la cual se construye el nuevo mundo plural, participativo, donde todos podamos recibir al siglo XXI con un espacio asegurado bajo el sol” (Discurso del 28/06/91, p. 208). Se trataba, en definitiva, de la presencia de una “aldea global”. En sus términos: “Ya no existen fronteras, como tampoco las hay en otras partes del mundo, ni tan siquiera en Europa, desgarrada por grandes conflictos bélicos. Poco a poco van desapareciendo las fronteras. Estamos, desde esta transformación de la República Argentina, asistiendo a la transformación del mundo: la aldea global ya está aquí” (Discurso del 07/07/93, p. 46). En ese contexto, es importante destacar que, a diferencia de lo que algunos trabajos plantean, la globalización (en su versión neoliberal) no implicaba la inserción de la Argentina al Primer Mundo^{xvi}, ya que en el discurso de Menem no hay conflictos y divisiones en el nuevo orden global. En efecto, desde la caída del comunismo, sólo existe un mundo. Valga, sino, estos ejemplos: “Asistimos a un mundo distinto, inimaginable tiempo atrás. La entonces llamada política de bloques es algo definitivamente del pasado (...). Del clima de la amenazadora Guerra Fría y de aquellos inflexibles bloques de dominación, hemos pasado a una incipiente distensión en el plano político (...). Nosotros entendemos al mundo como una unidad (...). Nuestra lucha común es pura, y no solamente por la sobrevivencia del mundo actual, sino por el ingreso a una vía clara de progreso social, económico y cultural (...). Queremos ser parte de un nuevo mundo. De un nuevo mundo, más justo, más libre, más soberano. Vale la pena recordarlo una vez más: existe tan sólo un mundo, no tres” (Discurso del 04/09/89, pp. 57-58 y 63). O también: “Es que el mundo es uno solo, si somos creación de Dios no podemos hacer diferencias ni de razas, ni de idiomas, ni del hombre como el principio y fin de todas las cosas en nuestro planeta (...). Gracias a Dios, como muy bien se dijo aquí, se acabó la Guerra Fría, se terminó esta división de bloques en el mundo para entender que hay un solo mundo (...)” (Discurso del 29/09/91, p. 234). De este modo, ya no podía hablarse de la existencia de un supuesto “Primer Mundo”, del mismo modo que tampoco podía hablarse sobre un supuesto “Tercer Mundo” contrapuesto a aquel. En palabras de Menem: “Pregunto, ¿Qué es el Tercer Mundo? Alguien que me explique. Es una entelequia, no es nada (...). Por favor, terminemos con esas pavadas. Aquí hay un solo mundo, y en ese mundo está la República Argentina y estará siempre” (Discurso del 15/09/92, p. 236).

Si bien nos hemos extendido un poco en este último punto, lo creímos necesario a los fines de nuestra tesis. En efecto, tal como acabamos de ver, y como lo hemos analizado en otro lugar (Fair, 2007), el discurso hegemónico de la globalización neoliberal no entendía al orden global en su división Primer Mundo-Tercer Mundo. Por el contrario, lo veía como un todo

orgánico. Se trataba, en ese sentido, de realizar el “fantasma del Uno” (Lacan, 2006). En otras palabras, de sustituir el deseo de unidad con el otro, de “formalizar el lazo social” (Álvarez, 2006), mediante la fantasía de que, tras el fin de la Guerra Fría, se asistía a un solo mundo integrado, un mundo Uno en el que desaparecían los antagonismos y los límites al goce del consumo.

El resultado de esta visión utópica, como no podrá ser de otra manera, será el reforzamiento del “pensamiento único”, transformado ahora en sentido común, lo que impedirá ver las consecuencias políticas, económicas y sociales que producía este nuevo orden, al tiempo que promoverá la apatía política y el conformismo (Borón, 1999).

6. A modo de conclusión

La llamada Teoría de la Modernización Reflexiva sostiene que en las últimas décadas asistimos al fin de las “ideologías del fatalismo” y a la consecuente “reinención de lo político”, lo que se relaciona con la presencia creciente de un “riesgo manufacturado”^{xvii}. Sin embargo, tal como hemos visto en este trabajo, durante la década del ‘90 más que una Modernización Reflexiva, predominó una “Modernización irreflexiva”, basada en ideas mecanicistas y deterministas que negaban, de esta manera, la contingencia de todo orden político. Esta teoría, actualmente en boga en el campo de la sociología, suele afirmar también que estamos en presencia de un mundo que está “más allá de la izquierda y la derecha” (Giddens, 1996) y en donde la autonomización del Estado Benefactor genera un “proceso de individuación” (Beck, 1996). De este modo, y en consonancia con la visión de la globalización como una “aldea global”, considera que las cuestiones de los derechos sociales son reemplazadas por cuestiones “predominantemente culturales” (Lash, 1997b: 165).

No obstante, como señala Laclau (1993 y 2005), todo orden social está constituido mediante un antagonismo que le es inherente. En este sentido, podemos decir que, con la excusa de una “liberación” de las estructuras del modelo industrialista, la teoría de la Modernización Reflexiva termina defendiendo un esquema individualista en el que los antagonismos constitutivos, es decir, lo propiamente político, son reducidos a la “pura administración” de cuestiones culturales (Mouffe, 1999 y 2005). La consecuencia de ello no puede ser otra que la despolitización social y el refugio en el ámbito privado.

7. Post scriptum

En los últimos años, la aplicación del neoliberalismo ha provocado un fuerte costo económico-social. Niveles de desempleos históricos, una pobreza alarmante, una desigualdad de riquezas y una precarización vergonzantes, han hecho emerger en los sectores más castigados de América Latina, e incluso en algunos de los países más avanzados, importantes sectores que se animan a cuestionar el discurso oficial ortodoxo. Así, desde el propio sistema excluyente han emergido “síntomas”, como los zapatistas en México y los piqueteros en

Argentina, los llamados “globalifóbicos” y liderazgos como los de Hugo Chávez, en Venezuela, y Evo Morales, en Bolivia, que han criticado la idea de una globalización determinista que estaría gobernada por las “inescrutables e invencibles fuerzas de la naturaleza”, para revalorizar la contingencia y la posibilidad de acción inherente a la política. Además, países como Argentina y Brasil han saldado sus deudas con el FMI, adquiriendo una mayor autonomía política.

Esta actual revalorización de la capacidad de “poder actuar”, de “iniciar un nuevo comienzo”, según decía Arendt (1996), es muy relevante ya que nos permite ir dejando de lado la visión naturalista o heterónoma de los fenómenos, que entiende a la política como subordinada al disciplinamiento impuesto por la economía, en pos de una visión constructivista que recupera su capacidad transformadora. En este sentido, todo indicaría que podemos ser optimistas y concluir que la hegemonía neoliberal ha llegado a su fin. Sin embargo, debemos ser muy cautelosos ya que, si bien se está revalorizando la acción política, entendida como la capacidad de modificar el estado de cosas vigente, muchos de los postulados de la globalización neoliberal, como la necesidad de reducir el gasto público social para disminuir el déficit fiscal, siguen siendo defendidos por algunos de los líderes latinoamericanos que han emergido. Por otra parte, continúan existiendo en estos países altos niveles de desempleo, pobreza y desigualdad, además de una redistribución regresiva de la riqueza. En cuanto a la sociedad civil, pese al incremento de las protestas, sigue vigente en ciertos sectores la creencia de una globalización en la que lo específicamente político, asociado al antagonismo, se encuentra ausente. Finalmente, se hace difícil organizar la acción colectiva cuando presenciamos altos niveles de atomización social y cuando el consumismo fomenta aún más el individualismo.

La reciente construcción de un polo ampliado del MERCOSUR que incluiría a Chávez, con su propuesta alternativa de generar un ALBA que integre a este bloque junto con el Pacto Andino, y la formación de un Banco del Sur que nuclea a los países latinoamericanos, parecen ir en la senda de una construcción de una verdadera “voluntad colectiva nacional y popular” contra-hegemónica. De todos modos, y a modo de advertencia, debemos tener en cuenta que ninguna lógica hegemónica, ninguna “emancipación”, será posible si no tenemos presente previamente que, como señala Slavoj Žižek: “La política no es el arte de lo posible. La gran política es siempre el arte de lo imposible, en el sentido de que se vuelven a trazar, se cambian las propias coordenadas”^{xviii}. En ese sentido, para que haya política debe haber previamente una reactivación que ponga en cuestión la obviedad de lo dado como posible por el discurso dominante. Sólo con esta desedimentación política de los postulados neoliberales, condición de posibilidad de toda deconstrucción “revolucionaria”, será posible la constitución de una hegemonía alternativa al orden imperante. El tiempo dirá si los espectros que emergen son sólo nubarrones en el sistema o si lo sólido se desvanecerá definitivamente en el aire.

NOTAS

ⁱ Este trabajo es una reformulación de una ponencia presentada en las VII Jornadas por los 50 años de la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, bajo el título “¿Modernidad Reflexiva o Modernidad Irreflexiva. Un análisis centrado en la década del '90”, el 5 al 9 de Noviembre. ISBN N° 978-950-29-1013-0.

ⁱⁱ Magíster en Ciencias Sociales (FLACSO).
Email: herfair@hotmail.com

ⁱⁱⁱ Por modernidad entendemos los modos de vida u organización social que surgieron en Europa, principalmente Francia e Inglaterra, entre el siglo XVI (Berman, 1988; Lash, 1997a) y comienzos del siglo XVII (Giddens, 1993). Según Berman, podemos separar a la modernidad en tres fases. En una primera fase, que se extiende aproximadamente desde comienzos del siglo XVI hasta finales del XVIII, las personas comienzan a experimentar la vida moderna, aunque no se sienten parte de una nueva era. Con la Revolución Francesa, a finales del siglo XVIII, comienza una segunda fase. En esta fase el público comparte la sensación de estar viviendo una época revolucionaria que afecta todas las dimensiones de la vida personal, política y social. Ello se expresa en la proliferación de máquinas de vapor, fábricas automáticas, vías férreas, vastas zonas industriales, un mayor crecimiento urbano y una ampliación de los medios de comunicación de masas (telegramas, telégrafos, teléfonos). Asimismo, se expanden los Estados, los movimientos sociales, la acumulación de capital de las empresas multinacionales y los mercados mundiales. En el siglo XX se origina una tercera fase. En esta fase el proceso de modernización se expande hasta abarcar prácticamente todo el planeta. Sin embargo, al mismo tiempo, la idea de modernidad pierde su capacidad de dar un significado a la vida de las personas (Berman, 1988: 1-3).

^{iv} Según Giddens, la modernidad se caracteriza por una serie de “discontinuidades” en relación a períodos anteriores: 1) Un creciente “ritmo de cambio”. Este se observa en los continuos descubrimientos tecnológicos y en los bruscos cambios en los últimos tres o cuatro siglos en la mayoría de las condiciones que existían previamente. 2) Discontinuidad en el “ámbito del cambio”: Las transformaciones sociales se extienden territorialmente hasta abarcar la totalidad mundial. 3) La “naturaleza intrínseca” de las instituciones modernas. En primer lugar, la vigencia de los Estados-Nación. En segundo lugar, la dependencia de la producción de fuentes inanimadas de energía. Por último, la mercantilización de los productos y del trabajo asalariado (véase Giddens, 1993: 17-19 y ss.).

^v Los cambios de origen tecnológico y económico tienen como punto de referencia la crisis del dólar en 1971 y la del petróleo en 1973. Esta última volvió prioritario utilizar materiales sintéticos para reemplazar a las materias primas estratégicas y buscar formas de producción que insumieran menos energía. El nuevo paradigma tecnológico se conformó en torno a la microelectrónica y posibilitó el abaratamiento de la información. El resultado fue que las nuevas formas de producción requerían más información y menos contenido de energía, materiales y mano de obra (cfr. García Delgado, 1998: 25).

^{vi} Esto no impidió, sin embargo, que no lo hiciera sin contradicciones, producto del veto del sector militar. En efecto, los militares no veían con agrado la reducción del papel interventor del Estado ni las consecuencias, principalmente en relación a la desocupación, aunque también a nivel desindustrialización, que ese modelo traía aparejado. Al respecto, véanse, entre otros, Canitrot (1981) y Schvarzer (1986).

^{vii} Este cambio de visión fue originado tras el triunfo antisomocista en Nicaragua. A partir de ese momento se comenzó a considerar que los autoritarismos deslegitimaban a los gobiernos y el respaldo popular y beneficiaban a la “subversión”, que podía construir amplias coaliciones en

torno a reivindicaciones democráticas. De allí se derivó que las dictaduras constituían un “boomerang” (cfr. Ezcurra, 1998: 46-47).

^{viii} Muchos de estos países se habían endeudado a partir de la década del '70, situación producida por el fácil acceso a los créditos blandos que inundaron el mercado interno de la mano de los llamados “petrodólares” (García Delgado, 1998: 25).

^{ix} La cuestión acerca de los orígenes de este fenómeno es un tema fuertemente controvertido. Sintéticamente, podemos diferenciar dos posturas generales. Por un lado, están aquellos que dicen que la globalización ya existía en periodos anteriores. Según esta corriente, ya hace 150 años, Marx y Engels, habrían predicho el fenómeno (cfr. Gambina, 1999: 77; Borón, 1999: 220; Forte, 2003: 34). Esta corriente habría sido continuada por el líder comunista Lenin, para quien la expansión mundial toma el nombre de Imperialismo. Para aquel, lo que conocemos como globalización existió desde el nacimiento del capitalismo debido a que el capital históricamente buscó expandirse hacia otros mercados (Gambina, 1999: 77). Desde una perspectiva de origen marxista, Immanuel Wallerstein elaboró hace unas tres décadas una nueva teoría. Según él, la “economía mundial”, esto es, las “conexiones económicas extensivas geográficamente”, existieron anteriormente al capitalismo, sólo que eran diferentes a las de los tiempos modernos. Las anteriores economías mundiales estaban basadas en relaciones comerciales que sólo se limitaban a algunas regiones de los Estados imperiales grandes. Pero, con la llegada del capitalismo, se alcanza, por primera vez, un orden “auténticamente” mundial en su alcance (citado en Giddens, 1993: 71). Siguiendo esta tesis, algunos autores actuales sitúan el comienzo de la globalización a partir del descubrimiento y colonización de América y concuerdan que la expansión mundial es inherente al capitalismo (Minsburg, 1999: 19). Estos autores coinciden con sus antecesores marxistas en que el capital busca expandir sus mercados para acumular ganancias. Pero, adaptando la teoría a los tiempos actuales, consideran que la globalización consiste en una ideología propagada por los sectores neoliberales con el objeto de dismantelar los Estados de Bienestar. En este sentido, a diferencia de Marx y Lenin, no abogan por destruir el capitalismo, sino por reconstruir el Estado. Por otro lado, están aquellos que creen que el fenómeno actual no tiene precedentes en la historia. Estos pensadores analizan los efectos de la globalización y afirman que los Estados están perdiendo, de una manera inevitable, gran parte de su soberanía y su capacidad de influir en los acontecimientos mundiales. Además, dan cuenta de un período de expansión comercial como nunca antes (Giddens, 2000: 21). Esta línea de pensamiento, que se origina en el campo de las relaciones internacionales, afirma que, en su nacimiento, los Estados soberanos ejercían el control administrativo de sus fronteras. Pero que, a medida que el sistema de Estados fue madurando, las pautas de interdependencia entre los Estados fueron desarrollándose hasta ser cada vez más interdependientes entre sí y con las organizaciones intergubernamentales. Además, asegura que los Estados están perdiendo progresivamente su soberanía y, en algunos casos extremos, llega incluso a afirmar que nos dirigimos hacia un “Estado mundial” (la llamada “Aldea global”) (cfr. Giddens, 1993: 69).

^x Para un análisis de los cambios producidos en la estratificación social en nuestro país, véanse, entre otros, Torrado (1994) y Villarreal (1996).

^{xi} Para un análisis de las transformaciones en la estructura económica en nuestro país durante la década del '90, véanse, entre otros, Thwaites Rey (2002) y Basualdo (2006).

^{xii} Varias encuestas revelan el fuerte disconformismo con las instituciones y con la propia política en amplios sectores de la población. Así, una encuesta realizada por Gallup y la BBC entre 50.000 personas de 68 países, devela que, a escala mundial, sólo el 13% de la gente confía en los políticos. Ese porcentaje cae a un mínimo de 4% en América Latina (Diario *Clarín*, 17/09/05). Este fenómeno, que algunos han denominado la crisis de representación política, ha sido particularmente fuerte en nuestro país. Para un análisis cualitativo de este proceso de desafección política centrado el caso argentino, véase Cheresky y Blanquer (2003).

^{xiii} La ideología imposibilista hace referencia a “un discurso conservador, inmovilista, articulado a la reproducción de lo ya existente, receptor pasivo y acrítico de las innumerables restricciones que presenta la realidad actual y justificador de la inanición, derivada del reconocimiento del margen casi nulo que hoy existe para construir cursos de acción alternativos y proyectos que, por ser diferentes, devienen en proyectos imposibles” (Pucciarelli, 2002, op. cit., p. 97).

^{xiv} Los sectores dominantes, representadas por el FMI, el Banco Mundial y el sistema bancario globalizado, lograron imponer una “política económica de la incertidumbre” que “torna innecesarios los costosos instrumentos de disciplina basados en la ley, la censura y la vigilancia panóptica, instrumentos que son reemplazados por la barata, aunque muy eficaz, incapacidad de actuar de manera concertada de los individuos privatizados e inseguros” (Bauman, 2003, op. cit., p. 183).

^{xv} En palabras de Menem, “el discurso del Comandante Castro es el que yo decía 40 años atrás. No va más, no tiene cabida en el mundo actual” (Diario *Ámbito Financiero*, 23/07/91, p. 12).

^{xvi} Así, Martucelli y Svampa se refieren al “interiorizado mito de la Argentina como “primer mundo”, que el Gobierno ha alimentado desde su arribo al poder” (Martucelli y Svampa, 1997, op. cit., p. 40). En la misma línea, véase también Gambina y Campione (2002: 25), entre otros.

^{xvii} Al respecto, véanse Beck (1996) y Giddens (1995 y 1996).

^{xviii} Entrevista a Slavoj Zizek en Diario *Clarín*, Suplemento “Ñ”, 15 de mayo de 2004.

BIBLIOGRAFÍA

ÁLVAREZ, Alicia (2006): *La teoría de los discursos de Jacques Lacan. La formalización del lazo social*, Letra Viva, Bs. As.

ANDERSON, Perry (1997): “Neoliberalismo: balance provisorio”, en Sader, Emir y Gentili, Pablo (comps.), *La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social*, Oficina de publicaciones del CBC, Universidad de Buenos Aires.

ARENDT, Hanna (1996): *La condición humana*, ed. Paidós, Barcelona.

ARONSKIND, Ricardo (2001): “Globalización en Argentina, o la voluntad soberana de subdesarrollarse”, en Revista *Época*, año 3, N°3, Bs. As.

BECK, Ulrich (1996): “Teoría de la Modernización Reflexiva”, en Beriain, José (comp.), *Las Consecuencias Perversas de la Modernidad*, ed. Anthropos, Barcelona.

BASUALDO, Eduardo (2006): *Estudios de historia económica argentina. Desde mediados del siglo XX a la actualidad*, ed. Siglo XXI-FLACSO, Bs. As.

BAUMAN, Zigmunt (2003): *En busca de la política*, ed. FCE, Bs. As.

BERMAN, Marshall (1988): *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, ed. Siglo XXI, Madrid.

BORÓN, Atilio (1999): "Pensamiento único" y resignación política: los límites de una falsa coartada", en Borón, Atilio, Gambina, Julio y Minsburg, Naum (comps.), *Tiempos violentos. Neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*, ed. CLACSO, Bs. As.

BOURDIEU, Pierre (1991): *El sentido práctico*, ed. Taurus, Madrid.

CANITROT, Adolfo (1981): "Teoría y práctica del liberalismo. Política antiinflacionaria y apertura económica en la Argentina, 1976-1981", en Revista *Desarrollo económico*, N°82, Vol. 21 (julio-sept.).

CAVAROZZI, Marcelo (1997): *Autoritarismo y democracia (1955-1996). La transición del Estado al mercado en la Argentina*, ed. Ariel, Bs. As.

CHERESKY, Isidoro y BLANQUER, Jean Marie (2003): *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, ed. Homo Sapiens, Rosario.

CORAGGIO, José Luis (1999): "¿Es posible pensar alternativas a la política social neoliberal?", en Revista *Nueva Sociedad*, N° 164, Bs. As.

EZCURRA, Ana María (1998): *¿Qué es el neoliberalismo? Evolución y límites de un modelo excluyente*, ed. Ideas, Bs. As.

FAIR, Hernán (2007): *Identidades y representación. El rol del Plan de Convertibilidad en la consolidación de la hegemonía menemista (1991-1995)*, Tesis de Maestría para aplicar al grado de Maestro en Ciencias Sociales, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

FORTE, Miguel Ángel (2003): "Globalización: un clásico de la modernidad", en Reigadas, Marcela y Cullen, Carlos (comps.), *Globalización y nuevas ciudadanías*, ed. Suárez, Bs. As.

GAMBINA, Julio (1999): "La crisis y su impacto en el empleo", en *Tiempos violentos...*, op. cit.

GAMBINA, Julio y CAMPIONE, Daniel (2002): *Los años de Menem. Cirugía mayor*, ed. Centro Cultural de la Cooperación, Bs. As.

GARCÍA DELGADO, Daniel (1994): *El cambio de relaciones Estado-sociedad en el proceso de modernización en Argentina*, Instituto de investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales, UBA, mimeo.

GARCÍA DELGADO, Daniel (1998): *Estado Nación y globalización*, s/d, Bs. As.

GIDDENS, Anthony (1993): *Consecuencias de la modernidad*, ed. Alianza, Madrid.

GIDDENS, Anthony (1995): *La constitución de la sociedad*, ed. Amorrortu, Bs. As.

GIDDENS, Anthony (1996): *Mas allá de la izquierda y la derecha*, ed. Cátedra, Madrid.

GIDDENS, Anthony (2000): *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*, ed. Taurus, Madrid.

LACAN, Jacques (2006): *Seminario 17: El reverso del psicoanálisis*, ed. Paidós, Bs. As.

LACLAU, Ernesto (1993): *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, ed. Nueva Visión, Bs. As.

LACLAU, Ernesto (2005): *La Razón populista*, ed. FCE, Bs. As.

LASH, Scott (1997a): "La Reflexividad y sus Dobles: estructura, estética, comunidad", en Beck, Ulrich, Giddens, Anthony y Lash, Scott, *Modernización Reflexiva*, ed. Alianza, Madrid.

LASH, Scott (1997b): *Sociología del posmodernismo*, ed. Amorrortu, Bs. As.

MARTUCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella (1997): *La Plaza vacía. Las transformaciones del peronismo*, ed. Losada, Bs. As.

MINSBURG, Naum (1999): "Transnacionalización, crisis y papel del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial", en *Tiempos violentos...*, op. cit.

MOUFFE, Chantal (1999): *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, ed. Paidós, Bs. As.

MOUFFE, Chantal (2005): "Política y pasiones: las apuestas de la democracia", en Arfuch, Leonor (comp.), *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias*, ed. Paidós, Bs. As.

PUCCIARELLI, Alfredo (2002): *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual*, ed. Libros del Rojas, Bs. As.

REPETTO, Fabián (1999): "Transformaciones de la política social y su relación con la legitimidad: notas sobre América Latina en los 90s", en Revista *POSTData*, N°5, Bs. As.

ROBERTS, Keneth (2002): "El sistema de partidos y la transformación de la representación política en la era neoliberal latinoamericana", en Cavarozzi, Marcelo y Abal Medina, Juan Manuel (comps.), *El asedio de la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, ed. Homo Sapiens, Bs. As.

SADER, Emir et. al. (comp.) (2001): *El ajuste estructural en América Latina. Costos sociales y alternativas*, ed. CLACSO, Bs. As.

SCHVARZER, Jorge (1986): *La política económica de Martínez de Hoz*, ed. Hyspamérica, Bs. As.

SVAMPA, Maristella (2005): *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*, ed. Taurus, Bs. As.

THWAITES REY, Mabel (2002): *La (des)ilusión privatista. El experimento neoliberal en la Argentina*, ed. EUDEBA, Bs. As.

TORRADO, Susana (1994): *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*, ed. De la Flor, Bs. As.

VILLARREAL, Juan Manuel (1996): *La exclusión social*, ed. Norma-FLACSO, Bs. As.

YANNUZZI, María de los Ángeles (1995): *La modernización conservadora. El peronismo de los '90*, ed. Fundación Ross, Rosario.

FUENTES

Diario *Clarín*

Diario *Página 12*

Discursos oficiales del presidente de la Nación, Dr. Carlos Saúl Menem, Dirección General de Difusión, Secretaría de Medios de Comunicación, Presidencia de la Nación, República Argentina (varios tomos).